

BASABE

En la estela de Brujas del viento

Oskar Benegas Dañobeitia



Obra inscrita en Safecreative Cod. 1305125095542

Esta obra está inscrita a nombre del autor en el Registro territorial de la propiedad intelectual, en la oficina provincial de Bizkaia.

© Oskar Benegas Dañobeitia., 2013

1ª edición

ISBN: 978-84-616-4637-1

Impreso en España / Printed in Spain

Imágenes: Ainhoa Arpide, Xabier Arpide, Izaskun Borjabaz.

*Para Aitor la generosidad,
para Itsaso la perseverancia,
para Iker la inquietud...
Por ellos fui, con ellos seré y para ellos soy.*

Índice

I.....	1
II.....	¡Error! Marcador no definido.
III.....	¡Error! Marcador no definido.
IV.....	¡Error! Marcador no definido.
V.....	
VI.....	
VII.....	
VIII.....	

I

El sol lo inundaba todo en aquel día radiante de principios de verano. El cielo limpio y profundo invitaba a subir a lo más alto. El aire frío les hacía sentirse vivos. Aitor miró hacia abajo y sonrió cuando Izaskun le devolvió una sonrisa tan radiante como el día. Observó cómo sus compañeros de escalada les seguían los pasos. Aunque la ladera no era muy pronunciada, se habían encordado en parejas para atravesar una zona algo más escarpada. Ellos dos iban abriendo la huella en la nieve. Aitor se volvió, para preocuparse por ella, sin mediar palabra. Izaskun le respondió con una mirada afirmativa. Él asintió a su vez con la cabeza y prosiguió la subida con una cadencia mecánica en sus pasos. Despreocupado, feliz, disfrutando del paisaje y de la naturaleza y pensando, solamente, en cómo sortear aquel pequeño espolón antes de encarar la última subida ya en la roca. El tremendo tirón le sacó de sus pensamientos como quien recibe un bofetón, brutal e inesperado, haciéndole caer hacia atrás. El grito de su compañera -que resbalaba ya a gran velocidad ladera abajo- le heló la sangre. También él estaba siendo arrastrado. Reaccionó e intentó darse la vuelta para poder realizar las maniobras de detención, como tantas veces habían ensayado. Consiguió clavar un piolet, pero se le escurrió de entre los dedos... Intentó detenerse con los pies, logrando disminuir la velocidad, pero el estallido de su rodilla al golpear unas rocas, hizo que desistiese. Descompuesto por el dolor, perdió el control de su cuerpo, que rodaba ahora desmadejado, abrasándose el rostro contra el suelo helado. Se detuvo, frenado por un acúmulo de nieve frente a él. No podía moverse, y el indescriptible suplicio de la rodilla y la postura grotesca que presentaba su pierna, le decían que, con total seguridad, estaría

rota o luxada. La cuerda seguía tirando de su arnés con una fuerza tremenda, aumentando su sensación de ahogo. Consiguió escuchar a su compañera pidiéndole que no le soltara, cuando gritó su nombre. Notó cómo la tensión se aflojaba y la cuerda cayó flácida ante él, liberándole. Aulló desesperado al comprender, roto en mil pedazos...

El médico se despertó empapado en sudor, se levantó y miró por la ventana de su habitación, en el último piso de una torre de más de veinte, en el centro de Bilbao. Aún faltaban varias horas para que amaneciese y la claridad anaranjada de las farolas contrastaba con el cielo negro, en el que no podían verse estrellas, dándole un aspecto extraño a la noche. Alguna luz fugaz se encendía en los edificios de alrededor, delatando que había vida en la ciudad de calles vacías.

Se dirigió a la cocina, bebió un largo trago de agua helada y regresó a su habitación. Un nuevo vistazo por la ventana... Sabía, con total seguridad, que no se volvería a dormir.

---000---

A Amaia le despertó el sonido del agua corriendo en la ducha. Casi al instante se dio cuenta de que aquel sería el día en que su recién estrenado esposo se haría a la mar y no lo vería durante, al menos, seis meses. Cuando él entró de nuevo en la habitación, cubierto sólo por una toalla en la cintura, un atisbo de rubor se apoderó de ella en sus mejillas y sus pezones desnudos bajo las sábanas, al recordar lo que hicieron juntos la noche anterior.

Sonrió cuando la besó con ternura.

-¿Estás segura de que no quieres acompañarme? - preguntó él.

Ella respondió con un movimiento de cabeza negativo.

-No puedo, de verdad... Además, hoy comienzan mis turnos de guardias en el hospital...

-Está bien... -se estaba vistiendo-. Te echaré de menos...

-Yo también... Pero así tendré más ganas de que regreses...

Terminó de vestirse y ella, desnuda, le despidió con un largo beso en el pasillo, antes de regresar a su cuarto y meterse en la ducha. Recordó cómo se habían conocido en una fiesta a la que ella acudió de casualidad, invitada por una de las médicas residentes de la urgencia. No tenía por costumbre ir a ese tipo de saraos, pero en aquella ocasión se había dejado convencer. Tal vez el destino... Sonrió para sí mientras se jabonaba. Después la boda... en secreto y a las tres semanas de haberse conocido... Solo dos testigos y los novios. El convite: una cena para cuatro en un céntrico restaurante de la ciudad.

Nadie más sabría de aquella locura de amor. No era necesario.

---OOO---

La bruma se colaba por los valles cubriendo los montes hasta su mitad, no dejando ver sus cumbres, en una línea perfecta que semejava una sábana de agua. La fina llovizna lo empapaba todo, sin llegar siquiera a caer al suelo. Pese a estar en pleno verano, el viento del norte hacía que el ambiente fuese fresco.

La carretera rural serpenteaba entre los bosques de pinos, mientras ascendía dejando atrás los últimos caseríos. Tras una curva muy cerrada a la derecha, el asfalto dio paso a un camino de tierra y piedras sueltas donde al cuatro por cuatro le costaba más trabajo avanzar. Ane bostezaba en el asiento del copiloto, adormecida por el ruido del motor, después del madrugón. Se acurrucó un poco más en el asiento, dejando que su mente se trasladase veinte años atrás cuando comenzó a hacer salidas al monte con un grupo del colegio. Recordaba cómo conoció a Rafa. Un chaval rubio y desgarbado, delgadurrio y poca cosa, que le llamó la atención desde el primer momento. Fueron creciendo y madurando juntos, y aprendieron a querer y, sobre todo, a respetar la montaña, a leer la naturaleza, a tener en

cuenta los cambios de viento, a observar una lengua de niebla que se agarra a los árboles entre los valles y a interpretar la forma y el color de las nubes. Junto a él había subido incontables cumbres en Alpes, Pirineos y, sobre todo, en la cordillera cantábrica. Desde los majestuosos Picos de Europa hasta los modestos, pero no menos interesantes, montes de Bizkaia y Gipuzkoa.

Tras otra curva a la izquierda, el camino terminaba ensanchándose en un circo de tierra donde podrían caber cuatro o cinco vehículos. En uno de los extremos una fuente invitaba a llenar las cantimploras antes de iniciar la ascensión y, junto a ella, una valla cerraba el paso a los rebaños de ovejas, que en esa época del año pastarían en las campas de montaña hasta finales de septiembre. El bosque había quedado atrás varias curvas antes, dejando algunos pinos y abetos sueltos a ambos lados de la pista. El paisaje estaba poblado ahora de arbustos y espinos que lo cubrían todo.

Rafa arrimó el vehículo al talud, paró el motor y descendió. Esto despertó por completo a su compañera que, tras desperezarse, bajó mucho más despacio y preguntándose por qué no podía estar en su casa durmiendo. Se encontraba destemplada, bostezaba constantemente, tiritaba y tenía el estomago revuelto... como siempre antes de comenzar una jornada de escalada. Odiaba esa sensación pero sabía que desaparecería en cuanto empezara a caminar y entrase en calor. Además, el hacer cumbre siempre le compensaba con creces, y muchas veces el simple hecho de caminar entre bosques, escalar una pared o sentarse para observar un valle, era suficiente para olvidar aquellos desagradables momentos. En lo que tardó en llegar a la parte trasera del todoterreno, Rafa ya había revisado el material y se estaba calzando las botas de trekking. Le miró dedicándole una amplia sonrisa. Era un hombre de treinta y cuatro años, alto, delgado y muy fibroso. Moreno, con el color en la piel de quien está al aire libre todo el tiempo que puede. La incipiente

barba de cuatro días le daba un aspecto desaliñado que contrastaba con la calidez de sus ojos color miel que destacaban más en su rostro curtido por el sol. El conjunto de su cara, alegre y risueña, culminaba con un toque de picardía en su mirada.

Ane se sentó junto a él y comenzó a ponerse los calcetines y las botas. Mientras, Rafa terminó de anudarse los cordones de las suyas, dio un último repaso a la mochila y se puso en pie de un salto.

-¿Relleno tu cantimplora en la fuente? –preguntó.

-Vale -ella con el ceño fruncido.

-¿No has dormido bien? -sonriendo con malicia.

-No -peleándose con los cordones de las botas.

-¿Has repasado tu mochila? –continuó él.

-No –perdiendo la paciencia.

-¿Lo vas a hacer? –insistió.

-Sí -ella desesperada.

-Estamos poco habladora, ¿eh?

-Uhhh! -a punto de estallar.

Rafa se alejó unos pasos hasta la fuente sonriendo, mientras ella le observaba sin dejar de atarse los cordones. La conocía lo suficiente como para bromear en aquellos momentos, sabiendo que refunfuñaría pero no se enfadaría.

Recordó al instante por qué llamaban a aquel lugar *Iturri-gorri*. Tanto los alrededores del caño de agua, como las rocas que hacían las veces de sumidero se encontraban cubiertas de una pátina rojo-anaranjada de óxido de hierro. Era una fuente ferruginosa de las muchísimas que existían en esa zona del país.

-¡Sabrá un poco a hierro! -Comentó mientras llenaba las cantimploras.

No hubo contestación.

Ella miraba hacia el otro lado, donde se encontraba la magnífica mole caliza de paredes casi verticales que sería hoy su objetivo. A pesar de ser el punto más alto de la sierra de *Urresti* no sobrepasaría los quinientos metros sobre el nivel del mar, constituyendo el límite natural entre dos valles. Las nubes bajas cubrían la cumbre pero el resto de la montaña se mostraba con claridad, pareciendo inexpugnable para alguien neófito pero los expertos ojos de Ane descubrieron pronto los vericuetos secretos.

-Deberíamos seguir el camino dejando la pared a la izquierda y llegar hasta aquel bosque de hayas y acacias. Subir después hasta el collado donde ya no hay árboles e intentar la pared oeste -comentó mientras se colocaba la mochila sobre el chubasquero y comenzaba a caminar.

No esperaba ninguna respuesta.

Él la miró por detrás y se fijó por enésima vez en ella. No era muy alta pero mostraba una figura estupenda, las piernas delgadas pero potentes, un trasero bien torneado y firme, un cuerpo delgado pero fuerte, sin estar excesivamente musculado. La melena castaña oscura le llegaba hasta los hombros, enmarcando una cara muy proporcionada donde destacaban unos preciosos ojos levemente rasgados y de un color gris azulado indefinible que le otorgaba una mirada felina, entre dura y burlona, que ella, ahora ya en la treintena, sabía manejar muy bien.

Mientras caminaban por el estrecho sendero, solo se oía el rítmico arrastrar de piedras bajo sus botas y el viento que chocaba contra la cercana pared de roca. La niebla, empujada poco a poco por aquella brisa fresca, se fue levantando dejando jirones agarrados a la cumbre. Comenzaron a abrirse claros en el cielo y el sol empezó a calentar. Rodeando la mole de piedra por la derecha, siguieron el camino durante casi dos horas. Tras

un fuerte repecho, descendieron de forma suave hasta ponerse en paralelo con un riachuelo de montaña que se adentraba - junto con el sendero- en un tupido bosque, y que no tendría más de un palmo de profundidad. El calor de julio hizo que los dos montañeros comenzaran a sudar y pronto les sobraron los chubasqueros y los forros polares, aunque la hierba y las piedras aun estaban empapadas por la lluvia de las horas precedentes. Ane -como ocurría siempre- ya había cambiado de forma radical y se mostraba risueña, haciendo gala de un inteligente sentido del humor. Poco a poco se adentraron en el bosque donde, de nuevo, el sendero comenzaba a ascender. Un paisaje de ensueño jugaba con el agua del torrente, haciéndola saltar entre las peñas con caídas cada vez más acrobáticas. En el suelo, una mullida alfombra de hojas secas lo cubría todo. Caminaban con cuidado para no tropezar con las raíces de los árboles cubiertas por la hojarasca. La humedad perenne hacía que los troncos y las rocas presentaban un tapiz de musgo y líquenes, que en algunos lugares llegaba a taparlos por completo, ofreciendo un magnifico color verde brillante. Después de un trecho, el sendero giraba de forma brusca hacia la izquierda, estando el frente y el flanco derecho cerrados por un muro natural muy vertical aunque no muy alto. Allí, entre las rocas, rodeado de fresnos y robles nacía el riachuelo en una oquedad en la peña.

-Seguro que en la antigüedad habría más de una *lamia*¹ peinándose en este lugar -dijo Ane con una sonrisa y cierto tono jocoso.

-Aquí vivirían *lamias*, *ingumas* y hasta el *Basa-Jaun*². ¡Seguro! -respondió Rafa con sorna.

¹Las lamias son personajes mitológicos con cuerpo y rostro de mujer muy hermosa pero con patas de ave en lugar de piernas. De ahí la broma del personaje. (Nota del autor)

² Lamias, ingumas y Basa-jaun: son personajes mitológicos vascos.

-Estoy convencida de que si nos encontramos con una *lamia* peinando su rubia cabellera, te la intentas ligar -siguió Ane.

-¡Por intentarlo no quedaría!... pero no me ponen mucho las patas de gallina, ¿eh?

Ambos rieron la ocurrencia mientras comenzaban a subir por entre las rocas dejando el río a su espalda. Habían bordeado toda la base del monte estando ahora frente a su cara oeste.

En este lado, la montaña era menos vertical aunque muy escarpada. Al acercarse a la base -aún dentro del bosque- descubrieron los restos de lo que en un principio parecía una antigua *borda* de pastores. Sin embargo el instinto de Ane y sus años de experiencia como arqueóloga -tras la licenciatura y la posterior diplomatura de postgrado en la universidad, había realizado varios masters sobre arquitectura medieval y su tesis doctoral versaría, si algún día conseguía acabarla, sobre las técnicas de construcción en el Medioevo- le hicieron suponer que se trataba de una construcción de una envergadura mucho mayor, y que los materiales empleados eran de mejor calidad. No se trataba de piedras pequeñas sino de algunas de gran tamaño, muchas de ellas labradas y trabajadas para formar sillares. Además la extensa superficie que ocupaban, así como su altura -que llegaría hasta los seis u ocho metros en la zona más cercana a la montaña- descartaba el fin ganadero definitivamente. En la parte más alta se apoyaba en la pared natural, aprovechando un entrante de la roca que, por encima de las ruinas, sobresalía a modo de sobretecho. La historiadora calculó mentalmente la superficie que podría haber tenido aquel edificio. Comenzó a recorrer el lugar observando que se trataba en realidad de varias estructuras. Una principal, que era la más grande en altura y superficie, y otras tres o cuatro más pequeñas que flanqueaban a la mayor por los lados en que esta no se apoyaba en la roca y que, a su vez, hacia las veces de pared de cierre como un muro más. Los sillares en algunas zonas estaban

muy desperdigados, y en otras, cubiertos por la maleza que los ocultaba casi por completo. En muchos lugares había que adivinar qué dirección seguían los muros, porque sólo quedaban en pie los que formarían ángulos y las piedras eran más robustas. Por supuesto, no había ni rastro de restos de techumbres, vigas de madera ni nada que no fuesen piedras.

-Tal vez este lugar sea el que da nombre al monte: *Gaztelu-mendi* -aventuró Ane.

-Pero... ¿es un castillo?, Yo pensaba que era una borda -respondió Rafa.

-No sé si es un castillo, una fortaleza o una iglesia... pero de lo que estoy segura, es que es muy antigua y muy grande para un abrigo de ganado e incluso para ser una ermita. Esta construcción fue algo importante.

-A mí me parecen sólo piedras...

-Observa. La línea que traza el suelo en esa zona de ahí -apuntó con el dedo la zona más alejada de ellos- sería uno de los límites y tendrá más de treinta metros de largo... y desde ese ángulo hasta la pared de la montaña otros quince o veinte. Era una superficie enorme y con varias construcciones adyacentes además.

-Y ¿cómo sabes que es muy antigua? -pregunto Rafa, ahora ya intrigado y sinceramente interesado.

-Mira entre las piedras, apenas quedan restos de argamasa o de cualquier material de construcción, además están muy desgastadas, con los bordes muy romos y su color oscuro indica que llevan aquí mucho tiempo -Ane continuó con la explicación-. Algunas de ellas sólo muestran una pequeña parte de sus caras, el resto está tan enterrado en el suelo que ya forma parte del mismo y parecen rocas naturales. Por último están los árboles... Es lógico que haya árboles fuera del perímetro de los muros, pero no dentro del espacio del edificio o

donde deberían estar las paredes... -el bosque lo cubría todo y era difícil adivinar las formas de la planta de las construcciones... Estos robles han nacido aquí de forma natural y tendrán más de doscientos cincuenta años. Fíjate en su tamaño -enfaticó la última frase con un movimiento de ambos brazos como queriendo abrazar los enormes troncos.

En ese momento algo se movió entre la hojarasca del suelo, llamando su atención. Se volvieron hacia el lugar de donde provenía el sonido y vieron cómo una rata de gran tamaño trepaba por encima de una rama seca caída, y se paraba sobre sus patas traseras para observarles moviendo nerviosamente el hocico. Un instante después se meció levemente y emprendió una carrera indecisa hasta desaparecer por un hueco entre dos enormes piedras.

-¿Qué era eso....? ¡Era negro y enorme! -exclamó Ane.

-Era una rata, pero no es su tamaño lo que me llama la atención, sino su comportamiento -observó Rafa.

-¡Era una rata, y hacía cosas de rata! -dijo Ane con cierto tono de asco que acompañaba a su cara con la misma expresión.

-Era del tipo *Rattus Rattus* o rata negra, que no se dejan ver tan fácilmente como sus primas de la especie *rattus norvegicu*. Las ratas comunes -explicó Rafa con fingida superioridad-. Desde la aparición, en el siglo XVIII, en estas latitudes de la rata de cloaca, mucho más grande y agresiva, y con mejor adaptabilidad a las ciudades, la competencia entre ellas ha hecho que la negra esté relegada a zonas poco pobladas por lo que se la denomina también rata campestre -continuó sabiéndose con toda la atención de ella -. Además, a las ratas comunes no les gusta vivir en un sitio tan limpio como éste, prefieren las alcantarillas y los vertederos donde tienen alimento en abundancia. La rata negra es mucho más esquivada

huye de la gente. Esta se ha dejado ver y parecía poco saludable. Misterios de la naturaleza -concluyó-.

Ane le miraba con una expresión entre admirada y divertida.

-¿Qué pasa? Tú te explayas con las piedras pero los bichos son lo mío, por algo me licencié en biología... y era bueno.

-¿Bueno dices? ¡Eras excepcional! Nunca entendí porque lo dejaste... para dedicarte a... recorrer mundo.

-¡Para eso, para trotar mundo! No valgo para estar encerrado en un laboratorio o para dar clase a unos chavales que lo único que les interesa de los mamíferos son las lecciones sobre su reproducción -cortó él irritado.

Aquella era la discusión de siempre.

-¿Qué, seguimos para arriba? –cambió de tema Rafa.

-¡Venga, vamos! –ella sonrió.

Siguieron avanzando por el estrecho camino hasta que tras salir del bosque, se difuminó al pie de la roca. Comenzaron a trepar guiados por el instinto y las muchas horas de experiencia en escalada. Llegaron a un punto desde donde era más prudente avanzar encordados y asegurándose a la pared.

-¡Empieza la diversión de verdad...! –Ane radiante.

Mientras ella se apretaba el arnés alrededor de la cintura y de los muslos, y comprobaba los mosquetones y los expreses. Rafa ya había soltado la cuerda de escalada de su mochila y la estaba comprobando. Tomó un friend³ del porta-material de su arnés -del que prendían numerosos mosquetones y fisureros para roca- y comenzó la tarea. Él iría equipando la vía y Ane recuperando. Ambos miraron hacia arriba para encontrar la mejor ruta.

³ Friend: Tipo de fisurero o anclaje para roca usado en escalada.

-¿Te parece seguir por la derecha haciendo un largo hasta aquella repisa, y allí hacer la primera reunión? -planificó Rafa.

Señalaba con el dedo una zona como a unos quince metros sobre sus cabezas.

-¡Venga, ya estamos tardando! -respondió Ane con una sonrisa burlona.

Les costó un buen rato alcanzar el saliente. Rafa elegía las presas con cuidado, colocaba los seguros, pasaba los mosquetones y se aseguraba con la habilidad de quien lo ha hecho infinidad de veces, pero sin descuidar el trabajo.

El sol caía de lleno sobre sus cabezas haciéndoles sudar. La roca aún seguía húmeda en los tramos de sombra, pero la mayoría estaba ya seca y se calentaba rápidamente haciendo que los dedos se erosionaran al agarrarse con fuerza. Llegados a la reunión, bebieron un poco de agua recuperando el resuello y mientras Ane recogía la cuerda, Rafa observaba el valle bajo sus pies. Todos los tonos posibles del verde se concentraban allí abajo, y en la parte más honda, tejados de un rojo brillante anunciaban la presencia de vida humana.

Aspiró profundamente el aire puro y le dedicó una sonrisa a Ane.

-¿Qué, hasta aquel saliente allí, a tu izquierda? -y sin esperar respuesta se puso en marcha.

Estaría llegando a la mitad del tramo, cuando notó un fuerte tirón mientras su compañera soltaba un exabrupto. Los seguros resistieron y la mujer quedó suspendida en el vacío balanceándose. Rafa miró hacia abajo lo suficiente para ver cómo asomaba una mano con el pulgar hacia arriba. Le ayudó a recuperarse y llegaron a la reunión sin más contratiempos.

-¿Qué ha pasado? -preguntó con cariño.

-He resbalado en la pala, donde estaba húmedo y no he encontrado dónde agarrarme... Estoy bien, solo es un rasponazo -le mostró la rodilla derecha desollada.

-Estás sangrando. ¿Seguro que estás bien?

-Sí, no te preocupes. ¿Hacemos un largo hasta la cumbre?

-¡Venga! Parece que lo difícil ya está hecho.

Tardaron cuarenta y cinco minutos más en llegar hasta arriba. La vista era perfecta. Un cielo azul claro les recibió y una brisa fresca les reconfortó cuando se tumbaron bocarriba, el uno junto al otro, en la amplia cumbre. Era un monte chato, con un final redondeado, rechoncho y ligeramente deprimido en su parte central. Una pequeña campa tachonada de peñas lo coronaba. Ane propuso comer algo para reponer fuerzas, poniendo como excusa que “era mediodía”. Sacaron de las mochilas un buen trozo de queso y algo de fruta, y en pocos minutos dieron buena cuenta de todo.

Mientras Rafa admiraba el paisaje -con el valle del Txorierri plagado de poblaciones menudas una detrás de la otra- Ane se acercó hasta unas ruinas que sobresalían sobre el vértice este de la cima. Posiblemente se trataba de los restos de una ermita como las que se encontraban en muchas de las cimas de aquellos montes. Cuando su compañero la llamó, estaba tan ensimismada observando el centro de lo que en otro tiempo fue la pequeña nave que no le oyó. En el suelo irregular, tapizado por la tupida hierba de montaña, se veían restos de los muros y se vislumbraban algunas peñas donde se asentarían los cimientos. Se fijó que aún se conservaban partes de la cubierta en algunas zonas, y que ella suponía muy posterior a la construcción original.

Aquella ermita había ofrecido culto hasta mediados del siglo XX pero tras la guerra civil cayó en desuso y la romería que allí se celebraba en honor a María Magdalena en el mes de julio, se

trasladó a la parroquia del cercano barrio de *Gaztelubide* junto a la falda del promontorio -probablemente porque el acceso era mucho más fácil y al alcance de todos los habitantes y no solo de los pastores y algún intrépido vecino de las aldeas cercanas-.

Cuando le alcanzó Rafa estaba mirando entusiasmada cómo junto al muro detrás del ara, y semioculto por unas rocas irregulares, se abría un hueco de unos cincuenta centímetros de ancho en su diámetro más pequeño y un metro en el mayor.

-Parece una sima de la propia montaña -dijo ella mientras daba un último mordisco a la manzana que estaba royendo desde hacía un rato.

-Sí, pero... ¿por qué la dejarían dentro de una ermita, en el altar? -se extrañó Rafa.

-Vamos a ver cómo es este muro desde el exterior -propuso Ane.

En la parte de fuera, la construcción se situaba en el mismo borde del precipicio que el monte presentaba en esa cara, no habría entre los cimientos y el abismo más de diez o quince centímetros. En el centro de la pared, un contrafuerte de dimensiones importantes se asentaba en un saliente por debajo de la cima.

-Mucho refuerzo para una construcción tan baja como ésta -argumentó Ane.

-Por este lado no hay rastro de la sima -observó Rafa.

En efecto. Las peñas sobre las que se apoyaban los sillares no presentaban ninguna oquedad. Dieron la vuelta completa al perímetro de la ermita y se encontraron de nuevo en la pequeña planicie donde habían estado descansando. No hizo falta hablar para ponerse de acuerdo en que aquella sima había que estudiarla un poco más. Se acercaron hasta la boca, tumbándose en el suelo y mirando la negrura húmeda que desprendía un suave olor dulzón a podredumbre.

-¿Qué profundidad tendrá? –se preguntó Ane.

-Podemos soltar la cuerda con unos expreses⁴ en el extremo y ver hasta dónde baja -propuso Rafa.

Descendieron la soga a gran velocidad por el hueco, prestando atención de que no se quedase enganchada en los salientes. Tenía sesenta metros de longitud, y estaba marcada cada diez con un punto de color brillante. Cuando el metal tocó el fondo y Rafa dejó de notar su peso, marcaba cerca de cuarenta metros.

-¡Qué barbaridad! -Exclamó Ane-. Te propongo una cosa.

-A ver... ¡que me das un miedo...!

-Podemos bajar hasta el coche, recoger el resto del material de escalada, los frontales, los cascos, algo de ropa de abrigo y volver para rapelar este agujero y ver hasta dónde llega –planeó ella.

-No nos daría tiempo a volver a bajar... pero podríamos dormir en las ruinas que hemos encontrado en la base de la pared... -se entusiasmó él- ...así que debemos coger también los sacos y el iglú. ¡Ah! ...y algo de comida -Rafa sonreía mientras se colocaba ya la mochila a la espalda.

Se pusieron en marcha en ese mismo instante. Descendieron por la misma cara que habían escalado, sin desatender a la seguridad a pesar de la inquietud. Trabajaban en silencio, muy concentrados y con rapidez, ya que ahora precisaban velocidad. En muchas ocasiones solo con las miradas era suficiente porque la complicidad y compenetración era total. Salieron de la pared y llegaron hasta las ruinas, dejándolas atrás, no sin antes ocultar parte del material junto a unas rocas entre la maleza

⁴ Expreses: Material de escalada compuesto por dos mosquetones unidos por una cinta de seguridad.

puesto que no lo necesitarían hasta la tarde. Atravesaron el bosque y tras una larga caminata a paso rápido, llegaron al coche jadeando. Cogieron las cosas, cargaron agua en las cantimploras, tomaron un poco de alimento en forma de frutos secos para recuperar energía y emprendieron el camino de regreso. En esta ocasión tardaron algo menos tiempo que la primera vez. Ocultaron el material de acampada en las ruinas y recogieron el de escalada. Iniciaron la ascensión utilizando los anclajes que habían dejado durante el descenso -lo que hacía que avanzasen muy rápido-, llegando a la cima exhaustos, pero con tal excitación por bajar al interior de la sima, que no se pararon a descansar. Mientras Rafa montaba la reunión y aseguraba las cuerdas para rapelar, comieron algo de fruta y chocolate acompañado de unos tragos de agua, que sabía a metal.

-Esto ya está... ¿quién va primero? -preguntó él mientras se ajustaba el frontal al casco.

-Baja tú delante, pero me vas contando todo lo que veas, ¿eh? -la sonrisa iluminaba el rostro de Ane.

Ambos se pusieron en cuclillas para observar la oscuridad de la gruta mientras lanzaban al interior las cuerdas. Rafa introdujo las piernas en la oquedad quedando sentado en el borde mientras se aseguraba. Encendió la luz y se dejó resbalar poco a poco dentro de la cueva, no sin cierta dificultad ya que la estrechez le dejaba pasar muy justo, y arrastrándose sobre el tapiz de musgo.

-¿Qué ves? -le preguntó con premura ella en cuanto le vio desaparecer.

-Espera, que no puedo casi ni moverme... esto es muy estrecho. Voy a bajar un poco más... porque parece que se ensancha -respondió él.

Desde fuera no podía ver nada más que los cabos que se adentraban en la negrura que destilaba una hediondez húmeda.

-He llegado hasta un saliente y me estoy asegurando. Empieza a bajar cuando quieras -la voz llegaba muy amortiguada y con cierto eco.

Ane se colocó el casco y ajustó la linterna, encendió la luz y se aseguró. Introdujo las piernas en el hueco, quedándose sentada, y se dejó arrastrar para comenzar el descenso. Notó una corriente de aire que le golpeó en la cara. Era fresco pero muy cargado y el olor dulzón le llenó los pulmones. El primer tramo era muy estrecho y apenas cabía entre las paredes de aquella chimenea, a pesar de ser una mujer menuda. Sintió cómo el corazón se le aceleraba y el miedo a quedarse atascada afloraba en su mente. Respiró hondo y soltó un poco más el seguro de su cuerda. Notó que sus piernas se separaban más para apoyarse en las rocas y un segundo después el tubo se ensanchaba dejándole moverse con mayor libertad. Presionó las piernas con fuerza sobre las peñas verticales, que estaban muy resbaladizas, y siguió el descenso hasta la reunión donde estaba esperándole Rafa. El frío y la humedad eran intensos.

-¿Todo bien? -preguntó sonriendo.

-¡Sin problemas! -respondió ella.

-Vamos a seguir un poco. Más adelante parece que se pone más horizontal y nos costará menos trabajo avanzar.

Rafa se aseguró de nuevo y continuó el descenso. Ane se quedó en el saliente, mirando el hueco por donde se alejaba su compañero del que en pocos segundos solo se veían las sombras fantasmagóricas que proyectaba la luz de su linterna frontal en las rocas. Miró hacia arriba y observó la chimenea desde abajo. El cambio de ángulo le dio una nueva perspectiva. Desde ahí podía ver con claridad que la pared izquierda estaba más inclinada hacia el tubo y tenía infinidad de rocas sueltas a su alrededor, encajándose en las grietas, lo que indicaba que posiblemente se había derrumbado. Sin duda ese paso fue mucho más ancho antiguamente.

La voz de su compañero le llamó su atención, pero no consiguió entender lo que decía. Se tumbó en el suelo mojado, asomando su cabeza en el borde junto a las cuerdas. Su linterna apenas alumbraba unos metros delante de ella. Más allá, solo oscuridad. Tanteó la cuerda de la que estaba colgado Rafa, y la notó poco tensa.

-¿Estás bien, Rafa? -gritó a la negrura.

Esperó la respuesta que no llegó. Contuvo la respiración y aguzó más el oído. Nada.

-Rafa, *ondo zagoz? Ondo doa dena?*⁵ -preguntó en Euskera.

Cuando se ponía nerviosa y sin darse cuenta hablaba en su lengua materna.

Esperó unos segundos en los que solo algunos goteos de agua le respondieron. Decidió bajar. Su compañero podría haberse quedado atrapado en alguna grieta o en alguna chimenea estrecha, y no tener margen para moverse y poder salir. Se puso en pie de un salto, con la ropa empapada de aquella pátina húmeda que lo cubría todo. Se secó las manos en las perneras de los pantalones y asió la línea de vida para asegurarse a ella. En ese momento se oyó un movimiento de piedras sueltas y la cuerda se tensó de nuevo. Miró hacia abajo, donde las paredes comenzaban a colorearse de una forma pálida y errática por la luz de una linterna.

Se tumbó de nuevo y vio cómo su amigo ascendía con una sonrisa que hacía que el blanco de sus dientes destacara en su cara llena de barro.

-¡Me has dado un susto de muerte! -le espetó Ane.

⁵ Se traduce como: ¿Rafa, estás bien? ¿Va todo bien?

-Te he gritado varias veces, pero no me has oído – respondió él sin perder la sonrisa.

Ella le alargó un brazo para ayudarle a subir hasta el saliente.

-Bueno, ¿qué hay más abajo? -preguntó con brusquedad.

-¡No te lo vas a creer...!-mientras hacía el último esfuerzo para pasar la pierna derecha por encima del borde de la arista- ...ahí abajo hay un pasillo con muy poca pendiente, casi horizontal, y lo más increíble es que en el suelo se ven los restos de, posiblemente, unas escaleras labradas en la piedra natural. Al fondo se podía ver una especie de caverna, pero no he entrado porque se ha terminado la cuerda.

-Así que lo que medimos no era real –exclamó ella abriendo mucho sus ojos grises.

-No, posiblemente se quedó en la zona donde comienza el pasillo y ya no está vertical. A partir de ahí he calculado otros cincuenta o sesenta metros hasta el final del pasillo. Solo he recorrido la mitad.

-¡Venga! ¡Vamos a bajar! -dijo Ane con un tono que destilaba ansiedad.

-Espera, ¿has visto qué hora es...? Tenemos que salir y llegar hasta las ruinas antes de que anochezca, y son ya las ocho y pico... -se rascó en la pierna derecha, algo le estaba picando.

Ane quiso protestar pero sabía que él tenía razón. Así que comenzó a preparar el ascenso sin decir nada.

-Mañana podemos madrugar y tenemos todo el día para venir y explorar la cueva – añadió Rafa mientras recogía la larga cuerda que había usado en el descenso hasta el pasillo.

Sonrió a su compañera y ambos comenzaron a subir.

La pared estaba muy resbaladiza, por lo que avanzaban muy despacio y con mucha precaución. Cuando llegó hasta el punto

donde la peña desprendida estrechaba más el paso, Rafa tuvo que apoyar ambas manos y ambas piernas con fuerza para conseguir pasar introduciendo primero un hombro y después el otro. Ane esperaba en la arista a que él pasase para iniciar la ascensión. Sentía las manos entumecidas por la humedad y el frío. Se las puso alrededor de la boca y sopló sobre ellas para que entrasen algo en calor mientras movía los pies golpeando el suelo para activar la circulación.

Cuando el hombre llegó a la entrada de la gruta, se encaramó a ella con un esfuerzo que le arrancó un gruñido. Se arrastró sobre la hierba, se dio la vuelta y se sentó apoyando fuertemente las piernas, abiertas y semiflexionadas, a ambos lados de la boca de la cueva y le indicó a Ane que podía subir, con un silbido. Ella comenzó el ascenso y llegó al punto de máxima estrechez pasando con dificultad y necesitando toda su fuerza para impulsarse sobre los brazos. Procuró no pensar en que podía quedarse atorada. Si su compañero -que era mucho más ancho que ella- había pasado, no habría problema. Con un último esfuerzo, apoyó los pies y las rodillas -la herida le recordó que seguía allí- en ambas paredes y su cara emergió de la oscuridad para encontrarse con la sonrisa de Rafa. Le tendió una mano, que él aferró entre las suyas y le ayudó a arrastrarse hasta salir completamente. Agradeció el aire limpio, que le resultó cálido en el rostro, en cuanto salió al exterior aunque ya había empezado a anochecer.

-He dejado parte de la vía equipada para mañana -le informó mientras se secaba, de nuevo, las manos en las perneras de los pantalones-. Así iremos más rápido.

-¡Vale! -aceptó él.

Se rascó de nuevo la pierna.

Ane echó una ojeada a los restos de la ermita, sospechando que, posiblemente, su entrada original sería por la cueva que acababan de encontrar...

-¡No te entretengas que tenemos que descolgarnos toda la ladera hasta el campamento! –la voz de Rafa le sacó de sus pensamientos.

Ya había asegurado el primer tramo y bajaba por él.

Durante el descenso, el cielo cambió a un azul más oscuro y profundo justo sobre sus cabezas, para tornarse amarillento y anaranjado a su espalda donde el sol rojo se hundía en el mar. El espectáculo era impresionante y ambos escaladores se detuvieron un instante para admirarlo, como tantas veces... una más. La pared reflejaba luces ocres que cambiaban dibujando perfiles y sombras nuevas a cada instante, dándole un aspecto cálido como el viento del sur que soplaba en suaves bocanadas.

La oscuridad era casi completa cuando llegaron al pie de la pared, atisbándose, únicamente, una tenue claridad amarillenta sobre el fondo azul-negro del ocaso. Bajaron hasta las ruinas y extendieron los sacos para dormir sobre las colchonetas. Calentaron un poco de agua en el hornillo de gas para reconstituir un sobre de pasta hidrolizada. El estomago siempre agradece algo caliente tras un duro día en la montaña. Compartieron, además, un poco de embutido y dos pedazos de queso que comieron a grandes bocados. Frutos secos y chocolate como postre. Y antes de dormir, un poco de leche condensada y unas galletas. Hablaron poco. Estaban agotados.

-Voy hasta el río a lavarme los dientes -dijo él mientras se levantaba.

-¡Ten cuidado con las *lamias*...! -bromeó Ane mientras cogía su kit de aseo de montaña y le seguía.

No montaron el iglú, ya que la temperatura era muy agradable, y se dispusieron a vivaquear. El cielo estaba sembrado de estrellas, no siendo probable que lloviese pero, no obstante, se tumbaron entre las ruinas junto a la pared y bajo el techo natural que allí ofrecía la montaña. Se colocaron espalda contra espalda y no tardaron en quedarse profundamente dormidos.

Sería la madrugada cuando Rafa oyó cantar. La voz melodiosa y dulce de una mujer joven llegaba desde el río. Pensó que se trataba de Ane pero su tono era diferente, más agudo... más cantarina... La melodía, melancólica y preciosa, le invitaba a acercarse. Era tan triste... No conseguía entender las palabras, pero hablaba de una gran pérdida. No sabía cómo... pero lo sabía. Llevaba un rato escuchando y súbitamente se sintió atraído por aquella voz de una forma incontenible. Quiso ponerse en pie para llegar hasta el río, pero no pudo moverse. Un peso descomunal sobre el pecho no le dejaba levantarse. Incorporó un poco la cabeza y vio que sentada sobre su abdomen se encontraba una mujer, de espaldas a él. El pelo rubio, muy largo y liso, pasaba hacia su pecho por un lado del cuello, dejando al descubierto su espalda desnuda. La cabeza, no muy grande, levemente ladeada hacia el lado contrario. La voz, sensualmente ronca, se oía ahora más cerca y mucho más clara. La muchacha... estaba cantando. Su figura se balanceaba rítmicamente adelante y atrás, acompañando a la melodía, dejando entrever parte de sus nalgas. Las piernas cubiertas por una vaporosa prenda de color blanco. La joven se pasaba las manos por el pelo alternativamente: derecha, izquierda, derecha... acariciándolo. Se estaba peinando.

En un momento dado dejó de cantar bruscamente. Se arqueó llevando los hombros hacia atrás y sacudió la cabeza coquetamente, de forma que la melena cayera a lo largo de su espalda, y se la atusó con ambas manos sin darse la vuelta. Rafa notó una presión en la entrepierna. Quiso moverse pero le fue imposible. La muchacha se arrastró sobre su pecho y se tumbó sobre él de forma que sus nalgas quedaban a la altura de su cara. Podía verle el vello púbico que ella se empeñaba en apretar contra su torso y con cada movimiento del pubis aumentaba su erección. Luchó de nuevo por poder moverse. Quería abrazarla, acariciarle la espalda, besarle el cuello... En su desesperación descubrió por qué no podía usar los brazos. Ella se los aprisionaba contra el suelo con sus... ¡patas! Lo que le

inmovilizaba eran unas patas de ave. Quiso gritar pero su voz se ahogó en su garganta. Ella volvió la cabeza e intentó sonreír. Su cara era preciosa pero algo terrorífico en su mirada le heló la sangre. Sus ojos y su boca solo eran agujeros vacíos y negros. La excitación se tornó en miedo. El más profundo y antiguo de los terrores enterrado en el fondo de su cerebro y olvidado desde la niñez. Intentó zafarse y gritar con todas sus fuerzas pero su voz, de nuevo, no salió. De forma súbita la cara de la *lamia* se deformó en una mueca de hastío y se levantó liberando a su presa. El Lugar estaba ahora bañado en la luz tenue del alba. Ella se alejó dando pequeños saltos con sus patas de gallina en dirección al río.

Le costó un buen rato darse cuenta de dónde estaba y diferenciar sueño y realidad. Se incorporó con los brazos entumecidos y empapado en sudor, la boca pastosa y el estomago revuelto. Miró a su alrededor: Ane dormía en el saco a su lado, los restos de la cena del día anterior sin recoger... Sentía un importante dolor de cabeza y tenía frío.

El sol comenzaba a iluminarlo todo con un tono pálido como si se avergonzase de anunciar un nuevo día. Una neblina baja y poco espesa cubría el bosque. Un poco más abajo se oía el rumor del riachuelo. Se estremeció. Necesitaba hablar con alguien, estaba nervioso y tenía miedo aunque no recordaba por qué. Llamó su compañera que comenzaba a desperezarse.

-Estaba soñando... tenía una pesadilla horrorosa – comenzó, aún con el corazón golpeándole en el pecho.

-Vale, pero ya ha pasado ¿No? -Ane bostezaba estirando los brazos por encima de la cabeza.

-Solo recuerdo que había algo muy antiguo... algo que tenía olvidado, algo... Déjalo, te ibas a reír... pero su cara era tan triste y... terrorífica -al recordarlo aun tembló su voz.

-¡Venga, arriba! que hoy hay mucho que escalar y que explorar -dijo Ane mientras salía del saco.

Rafa se encontraba exageradamente cansado. Notaba todos sus músculos doloridos, los brazos, los hombros, la cintura, las piernas y sobre todo las ingles. Tenía los aductores muy cargados. Se encontraba algo mareado y el aire fresco de la mañana le abrasaba en el pecho. Se puso en pie y sintió una náusea mientras se vestía.

-¿Estás bien? -pregunto Ane mientras se embutía en los pantalones -tienes mala cara... ¡Estás pálido! -preocupada.

-Debe de ser un bajón de glucemia, ayer nos dimos una buena paliza -respondió convencido-. Se me pasará en cuanto desayunemos.

Encendió el hornillo para calentar agua y reconstituir leche en polvo.

Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para tragar y no vomitar el desayuno. A pesar de las náuseas, tras un vaso de leche caliente y algunas galletas se encontró mejor y el estomago se calmó. No obstante le pidió a Ane una pastilla de Ibuprofeno, porque la cabeza le seguía martilleando horriblemente.

Cuando hubieron terminado, recogieron todo, guardaron el equipo de acampada tras unos arbustos y repasaron las mochilas. Mientras ella, sentada en el suelo, se calzaba, Rafa, de cuclillas, terminaba de repartir el peso en la mochila. Sus miradas se cruzaron un instante. Los ojos de ella, preciosos, de un color gris metálico, casi azules con aquella luz, destacaban sobre el moreno de su rostro. Sonrió y su cara resplandeció. Él se sintió reconfortado y le devolvió la sonrisa, triste sin saber por qué...

-¿Todo bien? -preguntó ella.

Respondió con un movimiento afirmativo de cabeza.

Se encontraba mucho mejor. La niebla se estaba levantando y dejaba entrever un cielo raso que anunciaba un día caluroso.

Subieron el tramo de escalada como un mero trámite, no en vano era la tercera vez que lo hacían en dos días. Además ambos estaban ansiosos por descender de nuevo a la caverna y explorar el máximo de la misma en lo que diera de sí la jornada. Cuando hollaron la cumbre se dirigieron directamente hasta la gruta.

-¡Espera! ...tengo que coger aliento y beber agua -dijo Rafa jadeando pesadamente, mientras se quitaba la mochila de la espalda y sacaba la cantimplora.

Estaba empapado en sudor tras el esfuerzo, pese a que el sol aún no calentaba demasiado. A Ane le resultó extraño –siempre era ella la que desfallecía antes- pero no le dio más importancia.

Aseguraron el rapel y dejaron caer las cuerdas dentro de la cueva. Ane sacó el móvil y mandó un SMS con sus coordenadas al centro del club de montaña donde estaban federados, indicando que se introducían en una sima y el tiempo estimado para su regreso.

-¿Todo a punto? -preguntó a su compañero con un gesto inquisitivo en la mirada.

Él estaba ya sentado en el borde de la negra boca, con las piernas colgando dentro y ajustándose el frontal en el casco. Respondió con un pulgar hacia arriba y una sonrisa. Se aseguró a la cuerda y se arrastró dentro de la oquedad. Llegó hasta la parte más estrecha de la chimenea y pasar le costó más trabajo que el día anterior. Los hombros doloridos se le encajaban y le impedían avanzar. Las piernas no le respondían como él quería y la ingle derecha le daba constantes punzadas desde hacía un buen rato. En aquellas condiciones no debería haberse aventurado a entrar allí. Estaba a punto de darse la vuelta y comenzar a subir de nuevo, cuando consiguió colarse. Llegó hasta el saliente sin más contratiempos. Sudaba a mares y sentía la garganta como si hubiese tragado arena.

Habían decidido descolgar una mochila con agua, unas pocas provisiones y ropa de abrigo cuando el primero estuviese

asegurado en la reunión y el otro esperara aún arriba. Dio dos tirones suaves a la cuerda y unos minutos después el bulto pendía atado a otro cabo, justo sobre su cabeza. Vio como golpeaba en las rocas y a punto estuvo de quedarse encajado pero finalmente resbaló hasta donde lo esperaba. Lo desató, busco en su interior una de las cantimploras y bebió con avidez. Su mente solo pensaba en descansar y la sed era insufrible. Se dejó caer sentado sobre el suelo húmedo. Así le sorprendieron la otra mochila y parte del material, que descendían dando tumbos.

Ane esperaba ya asegurada a la cuerda y con las piernas colgando dentro de la cueva. Notó los dos tirones suaves de señal y se deslizó al interior. No tuvo mayores dificultades en pasar por la estrechez, ya que tenía los movimientos estudiados desde el día anterior. Rapeló hasta la cornisa con agilidad en pocos minutos.

Rafa le ayudó a soltar los expreses y a asegurarse.

-Te he visto muy rápida en la bajada, vas a tener que darme clases -bromeó mientras lanzaba otra cuerda hacia el siguiente tramo.

-Ya sabes que aprendo rápido. ¿Te encuentras bien? -preguntó con cierto tono de preocupación-. Tienes mala cara.

-Debo estar incubando algún catarro. Ayer creo que me enfríe -se sinceró.

-Si no estás bien regresamos, ¿eh?

-¿Regresar?, ¿después de lo que me ha costado pasar por ahí arriba...? -Señaló por encima de sus cabezas-. No. Me encuentro bien... de verdad. Además quiero ver lo que hay en la sala en la que no pude entrar ayer.

Se colocó la mochila y comenzó a bajar de espaldas, apoyándose con fuerza en ambas piernas, rapelando con soltura. Llegó hasta la zona de escalones en la roca, donde la pendiente disminuía

mucho. Al fondo se abría una cavidad mucho más ancha. Se soltó de la cuerda, no sin antes asegurar otra que llevaba a cuestras y extenderla hasta el fondo del pasillo -que tendría una largura de unos cincuenta metros por una anchura de dos y una altura de tres-. Las paredes eran muy lisas, apareciendo betas de la roca en ciertas zonas. El suelo estaba cubierto de humedad, por lo que los escalones ayudaban mucho a guardar el equilibrio.

Dio dos tirones leves a la cuerda y Ane, en pocos minutos, se reunió con él. Estaba entusiasmada.

-¿Has visto los escalones? -preguntó con los ojos como platos que recorrían cada recoveco de las paredes y del suelo-. ¿Y los huecos labrados en las paredes? -la excitación le hacía hablar muy rápido-. ¡Rafa! ¿Estás bien?

-¡Sí, sigamos! Quiero ver lo que hay al final del pasillo - señaló hacia el fondo con un movimiento de cabeza.

Se aseguraron a la cuerda, usándola solo como simple línea de vida puesto que los escalones y la escasa pendiente permitían que bajasen sin mayor problema. Rafa llegó hasta un punto donde el pasillo se ensanchaba de forma brusca, abriéndose en una sala, y esperó a Ane que venía detrás a pocos metros. Entraron juntos en la caverna. Era enorme. El olor dulzón a humedad era allí más intenso. Se oían los rítmicos tintineos, en diferentes tonos, de múltiples goteos al caer sobre charcos y pozos. Ane no daba crédito, los ojos saliéndose de sus órbitas, la boca entreabierta y todos los sentidos alerta, para no perderse ningún detalle. Los haces de luz de sus frontales no eran capaces de mostrar el techo, tal era su altura. Tampoco veían con claridad dónde finalizaba aquella estancia ya que sus dimensiones se perdían entre sombras.

Avanzaron unos pasos hasta situarse cerca del centro donde había unos bloques de piedra de aproximadamente dos metros de largo y una altura de unos cincuenta centímetros desde el

suelo. Al rodear uno de ellos -Ane no apartaba la vista de su parte superior- la imagen pasaba como si fuese en cámara lenta, hasta que su mente cayó en la cuenta.

-¡No es posible! ¡Es increíble! ¡No son rocas! son,.. son....¡Enterramientos! -casi gritó.

- ¿Tumbas?

-¡Sí! ¡Son tumbas de piedra! Como los antiguos sarcófagos de la edad media. Fíjate en la forma y el tamaño. ¡Y están en bastante buen estado de conservación! Aunque parece que son muy antiguas. Mira... -señaló la parte superior de una de ellas-. Las inscripciones están muy borrosas por la erosión en la piedra.

-Pero... ¿Quién las ha puesto aquí? ¿Quiénes son?

-Esto es algo muy gordo. Hay que hacer un estudio en toda regla y por gente experta. Hay que documentarlo todo, fotografiarlo y posiblemente hacer catas y excavar. ¡No toques nada! -ordenó tajante-. No debemos alterar nada de cómo lo hemos encontrado y tenemos que informar a la gente adecuada, para que esto no se llene de curiosos y turistas antes de hacer un trabajo científico como dios manda -hablaba muy rápido.

Un ligero temblor en su voz denotaba su excitación mientras pasaba la mirada fugazmente de una a otra tumba.

-Bien. ¿Qué tenemos que hacer ahora? -preguntó Rafa consciente de la magnitud del hallazgo y de que era ella quien conocía los pasos a dar.

-Vamos a rodear todo el perímetro, contar cuántas hay.... Ver qué otros hallazgos podemos encontrar... -lo decía mientras caminaba por toda la cámara con los ojos chispeantes y sin llegar a ver con claridad las paredes que la delimitaban.

-Pero antes tengo que beber agua... -repuso él.

Sacó una de las cantimploras de la que dio unos grandes tragos hasta casi vaciarla.

Ane había comenzado a recorrer todo el perímetro topándose con una zona elevada en tres escalones, junto a una de las paredes y, sobre ellos, lo que bien podía tratarse de un ara. Abajo, ante la grada había un charco donde, caían las gotas de agua en una cadencia perfecta seguidas de los repiques y rebotes posteriores.

Rafa observaba a su compañera intentando no estorbar mucho. De nuevo se sentía mareado y con el estomago revuelto.

-¿Puedo hacer algo para ayudarte? -le habló desde el extremo opuesto a donde ella se encontraba.

Solo distinguía los movimientos dubitativos de las sombras que disparaba la luz de la linterna. No pudo reprimir una náusea y salió hasta el pasillo donde vomitó con grandes arcadas. Ane, al oírlo, quiso llegar hasta él y tropezó en la oscuridad con la base de un sarcófago roto en ese ángulo. En el traspie no llegó a caer, pero pisó algo duro que hizo un ruido metálico al ser arrastrado. Se agachó y lo recogió contraviniendo sus propias normas de arqueóloga. Era un objeto alargado, de unos veinticinco o treinta centímetros de largo, que parecía un crucifijo, cubierto de herrumbre y que pesaba bastante. Lo guardó sin más cuidado en la mochila que tenía a la espalda, fijándose, eso sí, en el lugar exacto donde estaba para después poder documentarlo. Necesitaría alguna prueba –pensó.

Corrió hasta donde se encontraba su compañero, hallándolo sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared húmeda. Respiraba con dificultad y estaba muy sudoroso. Le tocó con el dorso de la mano en la frente empapada de sudor. Estaba hirviendo por la fiebre.

-¿Qué te ha pasado?

-No sé. No me encuentro bien –jadeaba y le costaba hablar-. Me cuesta respirar, me duele el estómago, tengo ganas de vomitar y la cabeza me va a estallar... Necesito beber agua.

-¡Venga, hay que salir de aquí! ¿Puedes caminar? -le ayudaba a beber.

-¡Sí, vamos! -mientras se levantaba apoyando un brazo en el hombro de ella.

Recorrieron todo el pasillo, subieron los escalones -donde tropezaron en varias ocasiones- y Ane tuvo que servirle de apoyo para no caer. Llegaron a la zona donde se ponía más vertical, y le dejó sentado en el suelo para recoger el material que les haría falta más adelante. Rafa ladeó la cabeza y vomitó de nuevo. Le ayudó a limpiarse y observó cómo su estado empeoraba por momentos. Aquello no parecía una simple gripe y no pintaba bien. Terminó de enrollar la cuerda, la colgó con un mosquetón a su mochila y ayudó a Rafa a ponerse en pie. Ahora le costó más que la vez anterior.

-Bueno, en este tramo vas a tener que colaborar un poco, para poder llegar hasta arriba -le dijo forzando una sonrisa sin conseguir ocultar su preocupación.

-Vale -contestó desganado y sin fijar la mirada.

-Te cuento lo que voy a hacer -explicó Ane-. Te dejaré un segundo aquí y subiré hasta la próxima reunión donde colocaré dos expreses haciendo una polea, luego bajaré hasta el otro saliente allá abajo... –señaló con la mano hacia el lugar de donde venían- ...y pondré otra polea igual. Te ataré uno de los extremos al arnés con un mosquetón, y mientras tú intentas subir, yo te ayudaré tirando del otro extremo para que tengas que hacer menos esfuerzo. ¿Ok? –le sonrió mientras le besaba en la mejilla.

-Bien -le devolvió una sonrisa triste.

Ane realizó todos los anclajes y seguros de forma mecánica y febril. Tenían que salir de allí antes de que el estado de Rafa le impidiese pasar por la chimenea. Colocadas las dos poleas le ayudó a ponerse en pie y comenzó a tirar suavemente de la cuerda para aligerar el trabajo de caminar cuesta arriba, en una pendiente cada vez más dura, y ayudarle después a escalar. Los inestables pies de Rafa resbalaban constantemente en el barrillo que se había formado en el suelo, cayendo en varias ocasiones y teniendo que apoyarse en Ane para ponerse en pie. Finalmente lograron llegar hasta la reunión.

-No puedo más... tengo que descansar y beber algo -
pidió en tono suplicante.

-Bien, descansemos un rato y comamos algo, ¿quieres? -
le acarició la frente caliente.

Durante el largo parón Ane consultó el móvil. Todavía no tenía cobertura. Sopesando la situación, decidió pedir ayuda. Hasta ese momento creyó que podrían salir por sus medios, bajar hasta el coche, dejar a Rafa en su casa y en tres o cuatro días se sentiría como nuevo. La realidad era muy distinta. Estaban atrapados y él empeoraba a cada minuto que pasaba. Necesitaría ayuda para sacarle de allí. No le creía capaz de pasar la chimenea, ni siquiera de superar el tramo de escalada que les separaba de ella. Le veía muy mal, allí en el suelo, recostado con la espalda apoyada en la pared y las mochilas haciendo la función de un improvisado colchón para que se encontrase más cómodo. Sacó el móvil de su funda y marcó el número de emergencias. Pese a no tener cobertura, el teléfono de emergencias respondió a los pocos segundos. No se oía bien, así que dio su posición con todo detalle y describió la situación sin esperar respuestas ni hacer caso a las preguntas que posiblemente le estaban haciendo desde el otro lado de la línea, pero que no lograría entender.

Se sentó junto al enfermo e intentó reconfortarle como pudo. Él no se movió y le dejó hacer. Mantenía los ojos cerrados y la

cabeza, ligeramente ladeada, reposaba ahora sobre una de las mochilas. La respiración muy agitada y, a pesar de estar literalmente empapado en sudor, comenzó a tiritar de tal forma que Ane temió que se cayese del saliente en donde se encontraban. Trató de arroparle con todo lo que tenía a mano y le aseguró a la roca de forma más concienzuda. Pensó que tendría que salir hasta la superficie para guiar al grupo de rescate, y Rafa debería permanecer sólo. Sincronizaba y ordenaba todas las ideas se agolpaban en su mente, no perdiendo el aplomo en ningún momento. A pesar de ser plenamente consciente de la situación tan delicada en la que se hallaban -sobre todo su compañero- sabía qué pasos debía de dar, cómo lo haría y cuál sería su siguiente acción.

Notó una vibración en la pierna, abrió la tapa del móvil y contestó.

-¿Sí, dígame? -no hubo respuesta.

-Bai, nor da? Esan mesedez! -preguntó en Euskera, poniéndose en pie de un salto.

Silencio. El resplandor de la pantalla azul iluminaba gran parte de la caverna y en el centro de aquella aparecía el número de emergencias del que intentaban conectar, pero no se oía nada.

¡Dichosos trastos! -pensó, mientras cerraba el móvil con fuerza-. ¡Tendré que salir para hablar con ellos!

Comprobó que los seguros que amarraban a su compañero a la pared estaban bien y antes de iniciar la escalada hasta el tubo, se acercó más a él y le besó en la mejilla.

-Vuelvo enseguida, ¿necesitas algo? -con cariño y tratando de disimular, sin conseguirlo, el tono de preocupación.

Por respuesta, solo un ruido gutural.

Comenzó la ascensión con seguridad a pesar de que las rocas estaban muy resbaladizas. Por un segundo atisbó un relámpago de ansiedad al darse cuenta de que debería pasar por la

estrechez de la chimenea, pero lo desterró con la misma velocidad con la que lo había pensado. Tenía cosas mucho más importantes en la cabeza que sus miedos estúpidos. La vida de Rafa dependía de que saliese a pedir ayuda. No estaba segura de que le hubiesen oído todo el mensaje y, además, probablemente no podrían encontrar la entrada sin su ayuda. Pasó por la estrechez sin más complicaciones que las que preveía y escaló el último tramo. Cuando llegó a la salida se arrastró por el barro hasta encontrarse completamente fuera, y le sorprendió la oscuridad. Estaba rodeada por una espesa niebla y caía una fina llovizna que lo empapaba todo. Había perdido completamente la noción del tiempo. Miró su reloj, que marcaba las nueve cuarenta y cinco de la noche.

Sin perder el tiempo se soltó los expreses que le unían a la cuerda y sacó el teléfono, marcando de nuevo el número de emergencias, mientras se sentaba en una piedra al resguardo de unos restos de techumbre que quedaban de la ermita. La respuesta no se hizo esperar, alta y clara en esta ocasión.

-Larrialdiak, Bai esan?⁶ -una voz femenina y joven atendía la llamada.

-Bai, lehen deitu deutzuet, Ane Jauregi naz7.<< te llamo desde el monte Gaztelu-Mendi>> -la conversación continuo en Euskera- ...no sé si antes habéis recibido todo el mensaje.

-Sí, le he atendido yo -contestó la voz con amabilidad desde el otro lado-. Ya hemos mandado una unidad de rescate, pero no se entendía bien. ¿Puede repetirme las coordenadas y

⁶ Se traduce como: Emergencias. ¿Dígame?

⁷ Se traduce como: Antes os he llamado, soy Ane Jauregi.

describirme la situación, si es tan amable, para que pase el aviso al grupo de montaña de la *Ertzaintza*⁸?

-No hay problema -respondió Ane.

Le describió la situación con detalle, dándole, además, la posición que marcaba su GPS portátil.

-Bien. Es lo que teníamos antes. Hemos pasado el aviso correctamente. No se trata, por tanto, de un extravío o un accidente sino de un montañero que se ha sentido indispuerto -resumió con diligencia la voz de emergencias-. Le voy a pasar con la coordinadora de urgencias de *Osakidetza*⁹ para que le explique la situación del montañero enfermo, por si puede usted hacer algo antes de que llegue nuestro equipo. Un momento por favor...

-Eskerrik asko.

Tras un breve instante le habló otra voz femenina, en este caso de mayor edad y con un tono cansino.

-Hola, buenas noches. Soy la doctora Rodríguez, coordinadora de emergencias. ¿De qué se trata? -preguntó de forma automática.

Ane intentó hacer un resumen sin omitir los datos que ella consideraba importantes. Al otro lado la doctora asentía con leves gruñidos aprobatorios.

-Posiblemente se trate de un enfriamiento, manténgalo caliente y abrigado y denle líquidos para hidratarlo -dijo al fin, como todo diagnóstico y tratamiento.

Antes de finalizar la primera frase, Ane ya había intuido que no obtendría muchos resultados de aquella conversación.

⁸ Ertzaintza: Policía autónoma vasca.

⁹ Osakidetza: Servicio vasco de salud.

¿Darle líquidos...? ¡Pero si te acabo de decir que lo vomita todo, gilipollas! -pensó para sí.

Respondió de forma educada agradeciéndole la ayuda pero solicitando una ambulancia con personal sanitario para la evacuación. Antes de despedirse pidió que le pasaran con la coordinación del grupo de rescate.

-Kaixo berririo¹⁰ -le saludó de nuevo la voz conocida y amable.

-Me gustaría saber cómo van a proceder y si les puedo ayudar de alguna forma -solicitó Ane con tono más tranquilo.

-Sí. El grupo de rescate de a pie ya ha salido de la base y llegarán en aproximadamente tres horas. A partir de ahí ellos mismos le indicarán qué debe hacer. Por el momento no podemos mandar el helicóptero ya que no puede volar de noche ni con la niebla que hay hoy en esa zona. De todas formas hemos pasado este número de móvil al coordinador del operativo de tierra para que se ponga en contacto con ustedes. Le rogamos mantenga la línea abierta y libre.

-Vale, pero no puedo dejar a mi compañero solo, así que voy a volver a bajar a la sima para estar con él, y allí abajo no tengo cobertura, saldré de nuevo a las... -miró su reloj mientras calculaba mentalmente-...a la una de la madrugada -dijo al fin.

-Está bien. Pasaré la nota al equipo para que no le llamen hasta esa hora aproximadamente -respondió la voz comprensiva.

Ane no perdió más el tiempo. Cerró la tapa del móvil, se acercó a la entrada de la sima se aseguró y se escurrió hacia adentro. Lo hacía ya de forma mecánica, sin tener que pensar los movimientos. Pasó por la chimenea sin apenas percatarse de su

¹⁰ Se puede traducir como: Hola de nuevo.

estrechez y rapeló hasta donde yacía Rafa. Se agachó junto a él hablándole al oído.

-Ya estoy de vuelta, cariño -le susurró.

El hombre no se movió y por toda respuesta soltó un quejido muy bajo.

Ane le arropó y le colocó mejor los apoyos en las mochilas para que no se hiciese daño, mientras le hablaba en voz queda.

-Ya viene la ayuda... Aguanta un poco más que ya están en camino para sacarte de aquí.

Él tuvo un ataque de tos y cada vez le costaba más trabajo respirar. Su compañera le incorporó un poco más, sentándose junto a él, rodeándole con sus brazos y acunándole de forma que sus piernas le servían de apoyo al enfermo. Con la mano derecha le atusaba los cabellos, mientras miraba al reloj en la izquierda constantemente, sin que las horas corriesen.

Comenzó a recordar salidas al monte con el grupo scout. Las interminables veladas con sus compañeros y, a la postre amigos, preparando expediciones para hacer montaña en otros países. Aventuras con el grupo de montaña, situaciones de peligro y el distanciamiento de la cuadrilla tras el accidente en Alpes... y la muerte de Izaskun... Al llegar a este punto tuvo que volver a la realidad que estaba viviendo para no venirse abajo. Miró el reloj, había pasado una hora.

Desde hacía varios años no sabía casi nada de los demás amigos de aquel grupo que se formó en el colegio. Solo había mantenido un contacto estrecho con Rafa. Del resto sabía muy poco y a algunos, como a Aitor, les había perdido la pista completamente. Al principio mantuvieron contacto pese a no realizar planes juntos, pero las distancias, las obligaciones, las falsas culpabilidades y posiblemente el no querer recordar, hicieron el resto del trabajo al olvido. Consultó de nuevo su reloj, otra hora menos.

Comenzó a pensar en cómo sacarían de allí a Rafa. Él poco les iba a ayudar y en una camilla era imposible, porque no cabría por la chimenea. Enfocó con el frontal hacia arriba escudriñando el hueco por el que las dos cuerdas se perdían en el techo.

Miró la hora por enésima vez. Se puso en pie con cuidado de no golpear a Rafa, colocó la cabeza de éste sobre un rollo hecho con ropa y le acarició la cara sin decirle nada. Comprobó de nuevo los anclajes y seguros a la roca, y se aseguró ella misma. Le dedicó una mirada antes de iniciar la subida con un nudo en el estómago que casi no le dejaba respirar. Escaló las paredes, atravesó la chimenea y salió arrastras al exterior como lo había hecho en las últimas horas, no sabía cuántas veces. Se soltó los expreses del arnés y se dispuso a comprobar la reunión y los seguros que había montado Rafa para hacer la primera rapelada. Estaba en esas tareas cuando oyó ruido de piedras movidas al andar y unas voces que hablaban entre ellas. Alguien le llamó por su apellido desde atrás.

-¿Señorita Jauregi? -tronó un vozarrón en tono autoritario.

-Sí, soy yo -le respondió volviéndose.

-Soy el sargento Jon Gaztañaga, del grupo de montaña de la Ertzaintza. Soy el coordinador del equipo de rescate -le tendía una mano y una amplia sonrisa.

Tras él, otros tres miembros más del grupo de montaña se fueron presentando y estrechándole la mano.

-¿Podría hacernos un resumen de la situación, señorita? -requirió el sargento.

Ane resumió lo acontecido por cuarta o quinta vez en aquella noche. Les indicó dónde estaba la entrada a la cueva y les advirtió de cómo se estrechaba a pocos metros del comienzo y de cuáles eran sus temores de que no pudieran sacar a su compañero por aquella chimenea. Se mostró franca y serena. Sus ojos

inquisitivos no mostraban desconfianza pero sí advertían de que conocían la gravedad de la situación.

El sargento Gaztañaga la apremió para que les mostrase cómo llegar hasta Rafa. Observó los anclajes y seguros que habían colocado los dos montañeros a la entrada y se dio cuenta de que se trataba de gente experta. La reunión denotaba conocimientos y técnica de gente bien preparada y con mucha experiencia. Además la chica sabía de qué hablaba cuando se explicaba. No alardeaba, pero no podía ocultar sus conocimientos en la montaña. La observó mientras se aseguraba a una de las cuerdas y se sentaba en el borde con las piernas dentro de la sima, con la soltura y determinación de quien lo ha hecho infinidad de veces. Esperó a que sus hombres asegurasen otra cuerda y ordenó a uno de ellos que les acompañara mientras los otros dos se quedarían fuera como retén y dando su posición a la central.

Ane descendió a toda velocidad, teniendo que detenerse para esperar a los agentes en varias ocasiones. Les indicó dónde comenzaba la estrechez y pasó por ella sin pensarlo. A los dos hombres les costó trabajo pero, tras varios intentos, consiguieron atravesarla también. Rapelaron el último tramo y, para cuando llegaron a la reunión, Ane ya estaba junto a su compañero ofreciéndole algo de agua y hablándole.

El aspecto de Rafa era realmente preocupante. Su rostro mostraba una palidez grisácea, tenía una dificultad para respirar muy severa y, por supuesto, sería incapaz de ponerse en pie y mucho menos de dar un paso.

-¡Este hombre está muy mal, Gaizka! Comunica arriba que hablen con la central y que nos manden un equipo medicalizado, y el helicóptero en cuanto pueda despegar -ordenó el sargento tras evaluar visualmente al enfermo -. Diles que nos descuelguen una botella de oxígeno y una mascarilla.